



¿En qué sentido están mejor representados los mexicanos con figuras como Anaya? ¿Qué justifica cuatro décadas de cargos sin votos?



**CARLOS A.
PÉREZ RICART**
@perezricart

pluri. Tres años después, en 2024, dio el salto de regreso al Senado. Salvo imprevisto mayor, seguirá ahí hasta 2030. Siempre pluri. Nunca electo.

• • •

El profe Anaya: eterno pluri

Hay trayectorias políticas que desafían la lógica. Otras desafían el calendario. La de Alberto Anaya, jefe eterno del Partido del Trabajo, pertenece a esta última categoría.

El profe –así le dicen– cumplirá 80 años en noviembre y, salvo imprevisto mayor, seguirá siendo senador hasta 2030. No es poca cosa: hablamos de más de cuatro décadas orbitando el Congreso de la Unión sin la incómoda interrupción de una elección ganada. Ni una sola.

Acaso por eso, él y la dirigencia del PT están tan angustiados frente a una posible reforma electoral que reduzca el número de legisladores plurinominales. La inquietud es racional: para algunos perfiles la representación proporcional no es un mecanismo de equilibrio democrático, sino una forma de vida.

Anaya, el profe, es el ejemplo acabado.

Desde 1988 ha ocupado ocho cargos legislativos por la vía plurinominal. Ocho. Desde que es líder del PT –cargo vitalicio, por lo visto– siempre ha encabezado las listas de representación proporcional. No

una vez. Siempre. La constancia, cuando se administra bien, suele rendir frutos.

Su carrera parlamentaria comenzó en 1988, como diputado del Partido Mexicano Socialista. No ganó la elección, por supuesto. Su amistad con Carlos Salinas fue suficiente. En política, hay ataños que suelen rendir más que las urnas. En ese terreno, el profe imparte cátedra.

En 1994 volvió a San Lázaro, ya como petista. Otra vez sin ganar una elección. Fue diputado hasta 1997 y, casi sin darse cuenta, coordinador parlamentario. Para entonces ya era líder del PT, el partido que resolvió el problema de la renovación interna: simplemente la canceló. Clase 1.0 del maoísmo que dice predicar.

Tres años después, en 1997, el profe llegó al Senado. La reforma política de ese año acortó su estancia a tres años. Tampoco ganó esa elección. Pero la democracia suele ser generosa con quienes saben esperar sentados. El profe tuvo paciencia.

Entre 2000 y 2003, el profe reapareció en San Lázaro. Como plurinominal, desde luego. Como coordinador,

también. Nada nuevo bajo el sol. Entre 2006 y 2012 tocó turno al Senado. Sin urnas, como siempre. Como pluri, naturalmente.

La historia de los noventa se repitió. Esta vez como farsa. Anaya fue diputado entre 2012 y 2015. Plurinominal. Líder cameral.

Entre 2015 y 2021 ocurrió algo extraordinario: el profe no fue parte del Congreso de la Unión. Un pequeño milagro. Asumo que esos años los dedicó a tareas igualmente nobles, como la administración de los Cendi, mecanismo mediante el cual la dirigencia del PT obtuvo hasta tres mil millones de pesos entre 2019 y 2021.

La familia, desde luego, no sufrió penurias. Su esposa, María Guadalupe Rodríguez, cursaba su tercera etapa como diputada en el Congreso de Nuevo León. Las tres veces, naturalmente, como plurinominal. En el PT, la cosa se arregla en familia.

En 2021, Anaya decidió dejar de saturar al electorado con su ausencia y volvió a la Cámara de Diputados. Como

En total, Anaya suma más de treinta años como legislador. Según el Sistema de Información Legislativa, registra diez intervenciones en el pleno. Diez. En promedio, una cada tres años. Un nivel de productividad impensable en el sector privado. En el PT, sin embargo, parece cumplir con creces.

Anaya es la epítome del modelo de representación plurinominal tal como hoy funciona en México. No en teoría. En la práctica. Un sistema pensado para corregir distorsiones terminó convertido en refugio de cúpulas partidistas.

La pregunta es inevitable: ¿en qué sentido están mejor representados los mexicanos con figuras como Anaya? ¿Qué causa, qué minoría, qué proyecto político justifica cuatro décadas de cargos sin votos?

La reforma electoral no debe ceder al chantaje de quienes confunden representación con propiedad privada. El profe y los suyos no defienden la democracia, sino su lugar en la lista. Como los del Verde.

Claudia Sheinbaum –con razón– quiere meterle mano al sistema. Hacerlo exige enfrentar a quienes llevan décadas cómodamente instalados en él. En eso, aunque sea solo en eso, vale la pena respaldarla.